
«LEVIATAN» COMO PRETEXTO: T. HOBBS Y LA INVENCION MODERNA DE LA RAZON

Carlos Moya Valgañón

Enfrentarse con el discurso de 'Leviatán', repetir el argumento pensante de su escritura, obliga a volver sobre los últimos fundamentos epistemológicos del lenguaje científico contemporáneo, sobredeterminando nuestra propia representación simbólica del mundo. Como autor de tal libro, Hobbes se manifiesta como el gran pensador político de la Razón Moderna. Su pensamiento del Estado se identifica con el pensamiento de la Sociedad Civil en cuanto idea absoluta de la Sociedad, concibiéndose ahora desde la escritura lógica de la Ciencia. Esa singular forma de representación simbólica que desde Galileo, Hobbes y Descartes acabará convirtiéndose en el supuesto tecnológico-social de la secularizada Sociedad Industrial y de su desencantado entendimiento analítico de toda 'objetiva' realidad. Releer el texto de 'Leviatán' es volver al momento originario en el que su escritura acontece como invención y fundación ritual de la escritura lógica de la Ciencia, en cuanto instrumento analítico de todo posible discurso racional acerca del Estado y de la Sociedad.

«Las grandes revoluciones de la sociedad humana son cambios en la forma de representación simbólica; reorganizaciones del teatro, del tablado para la acción humana» (Brown, 1972, 123). En una de esas revoluciones —aquella que inaugura y funda la Historia Moderna de la Sociedad Occidental—, a la vez que se inventa el lenguaje analítico de lo que hoy llamamos Ciencia, se produce la representación lógico-conceptual del Estado —la palabra 'Es-

tado' entendida en su sentido científico más general— para sobredeterminar desde entonces todo el discurso racional de la Sociedad Occidental sobre su propia organización política y sobre toda otra formación política en general. La escritura de Hobbes nos devuelve al revolucionario momento fundacional sobredeterminando ritualmente nuestro propio entendimiento científico-tecnológico del mundo, nuestra propia actualidad epistemológica.

Asistiendo a la invención moderna de eso que hoy llamamos 'Estado nacional', participando su existencia y escritura en ese movimiento colectivo que ha determinado ya el pensamiento político de Maquiavelo y Bodino —sus reconocidos precursores—, Hobbes resulta 'inventor' de su específico argumento científico-racional: ese que desde ahí deviene 'concepto histórico-universal del Estado', esto es, 'concepto en general del Estado'. En el filósofo inglés el pensamiento racional del Estado se piensa originariamente como arquetipo histórico-universal de toda 'civilizada' formación política en general —de toda posible Sociedad Civil—, en el contexto de la revolución epistemológica que inaugura la Historia Moderna de Occidente. Y así, la escritura hobbesiana se produce como un momento capital en la invención moderna de la Razón —la nueva forma de representación simbólica del mundo que desde ahora va a revolucionar el Teatro Político Religioso de la historia occidental.

Volver a pensar hoy el argumento de 'Leviatán' es plantear de nuevo el riesgo mayor de nuestra académica cultura occidental: la necesidad de volver a pensar la identidad sustancial entre el pensamiento de la Razón y el pensamiento del Estado, como supuesto transcendental de nuestra etnocéntrica representación política del mundo, reproduciéndose implícita o explícitamente en el discurso contemporáneo de la Ciencia y la Política de nuestros días. Todo el pensamiento político occidental posterior a Hobbes —aquél que llega hasta nuestro propio tiempo, determinándose ideológicamente como discurso de la Democracia o como delirio totalitario— va a estar sobredeterminado por la escritura del 'Leviatán', pensando el Estado como negación de la Guerra Civil, y ella misma como negación física de aquella sociedad que llamándose Civil es el máximo invento de la Revolución Burguesa. En términos de su misma determinación genético-epistemológica se puede decir que tanto la Revolución liberal como la propia Revolución Socialista se han producido, en su objetivo resultado histórico, como vastos movimientos políticos colectivos 'llevando a la práctica' el argumento racional del pensamiento hobbesiano: el Estado como Soberano Señor de la Paz que reina en la Sociedad Civil que El Mismo funda. A partir de Hobbes se piensa y se inventa la Revolución Liberal (Spinoza, Locke, Hume, Rousseau, Kant, Hegel) y así, necesariamente, la Revolución Socialista (Marx, Engels, Lenin) y el singular terrorismo estatal con que la revolucionaria historia occidental del Estado Nacional concluye, cuando su fanática realización universal señala la transición hacia el universal Imperio Mundial de la Sociedad Industrial avanzada. Tanto más urgente resulta el volver a pensar hoy la identidad sustancial del pensamien-

to moderno de la Razón con el pensamiento absoluto del Estado cuanto que éste es el último argumento racional y la última legitimación política secular del dramático movimiento colectivo de nuestra patética 'Sociedad Nacional' hacia su propia Democracia.

Repetir hoy el pensamiento de 'Leviatán' equivale así a volver sobre los últimos supuestos de nuestra propia Razón occidental, encarando el escenario significativo donde la escritura hobbesiana deviene revolucionaria fundación epistemológica de tan singular forma de representación. De ahí la forzosa necesidad de repetir imaginariamente el escenario histórico donde acontece, con la escritura del 'Leviatán', la invención de ese argumento transcendental para toda la posterior Historia Occidental: el pensamiento de la razón absoluta del Estado como revolucionario pensamiento burgués de la Razón. En otro lugar he intentado una mínima reconstrucción analítica de tan dramático acontecimiento colectivo (*vid.* Moya, 1977). Desde tan provisional referencia me limitaré aquí a insistir sobre algunos puntos estratégicos de aquella misma argumentación.

I

Propiamente, eso que hoy llamamos Sociedad Occidental es, ante todo, el resultado de la progresiva domesticación religiosa 'cristiana' de los Reinos bárbaros de Occidente, forjándose sobre todo un fragmentado espacio político que repite fantásticamente su vieja memoria ritual de Unidad Imperial. Tal es el último argumento histórico-cultural de la llamada Edad Media (occidental) en cuanto centralmente protagonizado por ese hierocrático Imperio que es la Iglesia Cristiana de Roma, única heredera sobre todo ese mundo de la memoria escrita del desvanecido Imperio Romano. Que así deviene mágico instrumento político al servicio de la custodia y propagación 'occidental' de la Fe de Cristo, Unica Fe Verdadera.

Prescindiendo de la 'apariencia supraestructural' de tal argumento, Marx ha intentado formular la última determinación infraestructural de toda esa prolongada y compleja época histórica. «Si la antigüedad se desarrolla a partir de la ciudad y de su reducido territorio, la Edad Media lo hace a partir del campo» (Marx, 1953, 415). La dialéctica contradicción «campo-ciudad» se invierte ahora: a la esplendorosa dominación urbana con que Roma organiza su Imperio Universal, va a suceder, en el marco de la sociedad occidental, la fragmentaria territorialización feudal de las relaciones políticas». «La sociedad feudal» de Marc Bloch (1939) sigue siendo un texto canónico para el análisis de la formación y consolidación de los 'vínculos de dependencia' en todo este cosmos histórico-social (*vid.* Bloch, 1968). La estereotipada jerarquización de los vínculos de vasallaje es la forma en que ritualmente se presentan las relaciones de dominación típicas de la atomizada sociedad feu-

dal (Weber, 1964, II, 810). Cuya particular articulación política sólo deviene analíticamente inteligible en su carismática dependencia respecto al hierocrático poder de la Iglesia sobre toda esa misma sociedad.

«En ese mundo rigurosamente jerárquico, el lugar más importante y el primero pertenece a la Iglesia. Esta posee, a la vez que ascendiente económico, ascendiente moral. Sus innumerables dominios son tan superiores a los de la nobleza por su extensión como ella misma es superior a la nobleza por su instrucción. Además, sólo ella puede disponer, merced a las obligaciones de los fieles y a las limosnas de los peregrinos, de una fortuna monetaria que le permite, en tiempo de hambre, prestar su dinero a los laicos necesitados. En fin, en una sociedad que ha vuelto a caer en una ignorancia general, sólo ella posee aún estos dos instrumentos indispensables a toda cultura: la lectura y la escritura, y los príncipes y los reyes deben reclutar forzosamente en el clero a sus cancilleres, a sus secretarios, a sus 'notarios', en una palabra, a todo el docto personal del que les es imposible prescindir. Del siglo IX al XI, toda la alta administración quedó, de hecho, entre sus manos. Su espíritu predominó en ella lo mismo que en las artes. La organización de sus dominios es un modelo que en vano tratarán de imitar los dominios de la nobleza, pues sólo en la Iglesia se hallan hombres capaces de establecer políticos, de llevar registros de cuentas, de calcular los ingresos y los egresos y, por lo tanto, de equilibrarlos. La Iglesia, pues, no fue sólo la gran autoridad moral de aquel tiempo, sino también un gran poder financiero...». (Pirenne, 1963, 16-17); el máximo poder de acumulación político-económica sobre toda esa dispersa y bárbara sociedad que constituye su ritual dominio hierocrático. «Los clérigos son la élite directiva en cuestiones de derecho, administración y organización y la propia Iglesia es la única organización sólida, bajo cuyo modelo se desarrollan las inmaduras formaciones políticas de los reinos» (Troeltsch, 1925, 130).

Frente al 'cesaro-papismo' (Weber, Congar) de la Cristiandad Oriental, cuyo Patriarcado está al servicio del Emperador de Bizancio, la diferencia específicamente occidental entre poder político y poder religioso se va a producir originariamente como deslinde entre la particular competencia jurisdiccional de los Reyes y el supremo poder sacerdotal del Papa. Que originariamente es Obispo de Roma y Patriarca de Occidente y como Vicario de Cristo en la Tierra y así Cabeza Visible de su Santa Iglesia deviene soberano Pontífice de ese hierocrático imperio dentro del cual se articula y delimita el específico poder territorial de los distintos Reinos Cristianos. Todo el universo semiótico de la Cristiandad Medieval reposa sobre el monopolio sacerdotal de la escritura a cargo de la centralizada jerarquía eclesial. Su fundamento ritual es la custodia y administración del 'depósito eterno de la Fe', contenido en la Sagrada Escritura y explicitado canónicamente en la doctrina de los Santos Padres y los Concilios. La Sagrada Escritura, la Biblia Cristiana, es el libro que contiene, de una vez para siempre, la divina revelación de la

verdad de salvación sobre la que todo este mundo se representa y sueña su posible justificación sobre 'este mundo' como condición de la Gloria Eterna en el 'otro'. La organización litúrgico-sacramental de los medios de salvación a cargo de la Iglesia es el supuesto carismático de su específico poder sacerdotal sobre toda esta múltiple y dispersa sociedad que así se organiza y auto-representa unitariamente como Cristiandad.

«Sólo Dios es verdadero rey ('vex verus'), sólo su reino es firme ('solidum regnum') e imperecedero ('persaecula saeculorum'), que sólo El es verdaderamente glorioso y triunfador sobre todo enemigo... sólo Dios —o Cristo— reúne perfecta y originalmente los verdaderos atributos regios y las cualidades de paz y de justicia que hacen sólida la comunidad política, de tal modo que los reinos y reyes de aquí abajo —reguli, dice San Bernardo de Claraval, si se les compara con la majestad divina— sólo pueden poseerlos por participación o reflejo» (García Pelayo, 1959, 85-86). García Pelayo resume el discurso teológico-político que habita míticamente el ritual de Coronación de los Reyes Cristianos. «En el siglo IX, Juan de Orleans nos dice que "la Iglesia universal es el Cuerpo de Cristo y su cabeza es Cristo, y en ella existen dos principales personas eximias, la que representa al sacerdocio y la que representa a la realeza", y en el mismo sentido se pronuncian los Concilios de París y de Worms de 829» (García Pelayo, *loc. cit.*, 94-95).

El cumplimiento del Reino de Dios sobre el Mundo es el dramático argumento colectivo que articula en términos significantes las relaciones legítimas de dominación sobre el hierocrático escenario de la Cristiandad medieval occidental, bajo el supremo poder sacerdotal del Pontífice Romano, máxima personificación ritual de Cristo en la Tierra. La administración eclesial de la Sagrada Escritura funda el monopolio sacerdotal de la Fe y de los sacramentos, unificando ritualmente en un solo cosmos sagrado el mundo de la cristiandad feudal. Su propia distinción canónica entre el poder temporal —'meramente político'— y poder espiritual —sacerdotal— dice ya la hierocrática dependencia del primero frente al segundo. Cada Reino, en cuanto Reino Cristiano, se presenta como realización territorial particular de ese sagrado argumento universal que administra sacerdotalmente la hierocracia eclesial: el cumplimiento del Reino de Dios sobre la Tierra. Como mitologema ritual de la Realeza Cristiana, el Reino de Dios se presenta como el arquetipo político (*vid.* García Pelayo, 1959) que rige todo el sistema de representación simbólica vinculado a ese ritual colectivo de Soberanía. Desde la Fe en el Reino de Dios, revelado en su Sagrada Escritura eclesialmente administrada, se piensa el mundo, su temporal organización política y su divina razón eterna. El pensamiento medieval de la razón es, ante todo, pensamiento teológico, monopolio ritual de la Iglesia. Que es la organización cuyos propios límites jurisdiccionales delimitan ritualmente esa compleja formación estatal cuya específica singularidad histórica puede tipificarse con el nombre de 'Cristiandad Feudal' (*Vid.* Moya, 1977, 99 y ss.).

Todo el movimiento intelectual de la Escolástica no es sino la pura expresión y el resultado de ese absoluto monopolio eclesial sobre la escritura, sobredeterminando la canónica reconciliación entre la Sagrada Escritura y la Razón Escrita de los Antiguos en la unidad teocéntrica de ese ritualizado universo significativo que funda y sostiene la coherencia lógico-conceptual de las Sumas. Para Santo Tomás —inspirado traductor cristiano de la lectura de Aristóteles por Averroes— la escritura del Filósofo que así puede leer ahora tiene un latente valor sacral como Revelación Natural de la Razón entre los Antiguos. Santo Tomás va a ser el pensador y organizador en latín del nuevo 'corpus canonico' de todas las Escrituras que fundan la Verdad Absoluta de la Iglesia. Junto a las Sagradas Escrituras canónicamente iluminadas por las santas escrituras de los Padres y los Concilios, los textos escritos de 'el Filósofo'. La autoridad sacral de tan canónicas Escrituras —la latente o explícita sacralización de aquellos textos donde la Filosofía Antigua deviene instrumento lógico de la Eterna Razón que habita la Sagrada Escritura— es el último referente sobre el que se apoya la racionalización escolástica de toda esta forma de representación simbólica de un mundo que se piensa y sueña imago terrenal del Reino de Dios.

Desde esa dramática clave arquetípica —internalizada ritualmente por cada aplicado comentador escolástico— se leen y entienden ahora los residuales textos griegos. Recuperados ahora a partir de su previa reinterpretación monoteísta por los escribas árabes y judíos, escribiendo y pensando desde la Escritura de sus específicos Libros Sagrados: el Corán, la Torah. La fragmentaria memoria escrita del Logos físico griego, recuperada a través del filtro ritual de la Escritura Sagrada del Único —YHWH, Alah, Deus Pater Omnipotens— deviene, desde Averroes y Maimónides a Tomás de Aquino, originaria Revelación Natural a los humanos de la Razón Eterna que produce y gobierna el Mundo. La Geografía de Ptolomeo, 'recuperado' a mediados del siglo xv, junto con la Cosmología física de Aristóteles, son los supuestos de la Geocéntrica imago del Universo con que la ciencia física escolástica celebra el drama teogónico de la Creación y Redención Divinas del Mundo. El cerrado cosmos esférico de Ptolomeo deviene escenario absoluto de la Gloria de Dios, redimiendo su creación desde su específico centro físico: la Tierra. Las Escrituras, conteniendo la historia de la Creación y la Redención, constituyen el último referente literal que consagra dogmáticamente, la verdad absoluta del Sistema Ptolomaico.

La invención moderna de la Razón —el pensamiento burgués de la Razón, su pensamiento 'civil' y así, 'secularizado', extraeclesial— es la revolución epistemológica que impulsa la ascensión de la Burguesía en el marco de las Monarquías Absolutas, sucediendo a los limitados Reinos Cristianos del Occidente medieval. La Monarquía Absoluta va a ser la primera forma en que aparece el Estado moderno: incipiente figura del Estado Nacional escindiéndose como Poder Soberano frente al imperio sacerdotal de Roma en el

contexto de esa revolución religiosa que es la Reforma Protestante. Dramático argumento teológico-político de la Revolución Burguesa inaugurando ritualmente a la Historia Moderna como Historia Universal escrita desde Occidente. Y en esta forma, la vieja Cristiandad Feudal de Occidente, rompiendo los límites rituales de su hierocrática organización eclesial, deviene, progresivamente, un agonístico sistema de Estados nacionales concurrentes entre sí. «La lucha permanente, en forma pacífica o bélica, de los Estados nacionales en concurrencia por el poder creó para el moderno capitalismo occidental las mayores oportunidades. Cada Estado particular había de concurrir por el capital, no fijado a residencia alguna que les prescribía las condiciones bajo las cuales le ayudaría a adquirir el poder. De la coalición necesaria del Estado nacional con el capital surgió la clase burguesa nacional, la burguesía en el sentido moderno de la palabra» (Weber, 1964, 1047).

El viejo arquetipo medieval del Reyno de Dios —el mitologema sacramental de la Realeza Cristiana en cuanto ritual colectivo de Soberanía eclesialmente administrado— es el núcleo dramático de esa forma de representación simbólica cuya progresiva desintegración es el propio resultado de la revolución epistemológica que impone la revolucionaria ascensión de la Burguesía como sujeto colectivo central de la Historia Moderna y Contemporánea de Occidente. La Revolución Burguesa de la cultura occidental —la invención colectiva de esa secularizada Sociedad que es la Sociedad Civil organizada racionalmente en términos de Estado y Mercado— sólo es posible a partir de la propia secularización burguesa de la escritura, rompiendo su monopolización ritual por la Iglesia. La Burguesía produce así una nueva 'cultura literal' que va a transformar radicalmente el sentido y el impacto social de la escritura sobre el lenguaje y el comportamiento, se entiendan o se enfrenten. En el centro dinámico de todo ese proceso de transformación radical, el desarrollo tecnológico-industrial de la imprenta, la revolución tipográfica de la Escritura.

En manos de monjes y clérigos la escritura es una actividad ritualmente vinculada al monopolio eclesial de la Sagrada Escritura. Desde esa situación de partida que es la Cristiandad occidental, el desarrollo de la escritura como tecnología radicalmente secularizada se identifica objetivamente con la propia historia política de la Burguesía. El Estamento Burgués de las ciudades medievales, que se ha desarrollado originariamente dentro del escenario ritual de los Reinos Cristianos, acabará por transformarse en Clase Nacional Dominante sobre el nuevo escenario político que su revolucionaria ascensión produce: el Estado Nacional. La producción política de ese nuevo escenario se identifica con la propia revolución epistemológica que va a disparar la revolución tipográfica de la escritura: la invención moderna de la Razón, 'argumento/instrumento' radical de la Revolución Burguesa de la Cultura Occidental.

Para el siglo XI se ha puesto en marcha «el renacimiento de la vida ur-

bana» en la Cristiandad occidental (Pirenne, 1939, 36 y ss.). Aparición sobre el escenario medieval del Estamento Burgués, novísima categoría social que ahora comienza su historia. La pujanza bajo-medieval de tal Estamento —clave para la consolidación del poder de la Corona frente a sus Grandes vasallos, los Señores Feudales, y a toda amenaza exterior— va unida:

- 1) Al desarrollo de los estudios del Derecho Romano y de unas mínimas disciplinas seculares en el marco de Universidades que, más acá de su dependencia eclesial, están progresivamente vinculadas a la Corona y a sus crecientes necesidades burocráticas. Valga como ilustración estratégica el Cristianísimo Reino de Francia: su consolidación como un Estado territorial que imparte la justicia y tiene que administrar racionalmente sus propias finanzas, implica «la formación de una 'tecnestructura' de justicia y administración más compleja» que «entraña el desarrollo de una delgada película de gentes que leen y escriben» (Chaunu, 1975, 81).
- 2) A la invención (italiana) y difusión de la 'letra de cambio' y el 'libro de cuentas', y en general de toda la nueva 'tecnología literal' que impone el pujante desarrollo de las operaciones mercantiles y financieras, en el marco de este floreciente capitalismo comercial urbano (*vid.* Weber, 1956, 198 y ss.). El crecimiento progresivo de ese incipiente 'mercado occidental' se identifica objetivamente con la progresiva consolidación política de los Reinos Cristianos.

La progresiva alfabetización del Estamento Burgués occidental se ha disparado inicialmente desde las grandes ciudades comerciales de Italia, el Languedoc y la Península Ibérica. Cuyas juderías urbanas, centralizando ritualmente toda una dispersa red de ghettos judíos a los dos lados del Mediterráneo, constituyen, con toda probabilidad, la red social que, desde ambos lados de la frontera cristiana, domina un mayor volumen y espacio de negocios a la vez que protagoniza, en íntima conexión con el estrato letrado de la España Arabe, el desarrollo de una cultura escrita frente a la cual la del Occidente Cristiano no es sino ignorancia del griego y del hebreo y pura barbarización ritualista del latín. En el Occidente no cristiano, Córdoba ha sido el gran centro litúrgico-político de toda esta pujante cultura escrita. Aquí apenas cabe otra cosa que apuntar una cuestión central: el papel de impulsión clave que sobre todo el primer desarrollo histórico de la cultura burguesa occidental ha tenido el hecho de que a lo largo de toda la Edad Media la Península Ibérica, a caballo entre la Cristiandad y el Islam, sea el territorio europeo en el que la circulación de moneda y escritura —dos dimensiones de esa misma pauta subyacente que es 'cultura escrita urbana'— ha alcanzado un máximo nivel de acumulación creativa. Sin ese alto nivel de tecnología literal secular se hacen impensables esas grandes empresas de navegación a

cargo de las Coronas de España y Portugal que han descubierto y circundado todo el Otro Mundo, radicalmente desconocido para el mundo cristiano occidental. Desde Lulio, Alberto Magno y Tomás de Aquino hasta Cusano, Bruno, Descartes, Hobbes y Spinoza, toda la historia medieval y moderna de la Razón occidental se piensa como re-traducción, re-petición y re-creación de un pensamiento que ha sido ya, en el siglo XII, el argumento originario de la 'escritura pensante' de Averroes, Maimónides, Abentofail. Pensando desde la acumulación y traducción simultánea de 'todas las Escrituras' —desde el hebreo, el árabe, el latín y el griego— la Última y Única Razón Significante en todas ellas (*vid.* Moya, 1977, 99-128).

Prescindiendo ahora de ese territorio fronterizo que es la Península Ibérica, la más densa circulación de moneda y escritura —ambivalente manifestación de una misma y fundamental pauta cultural, específicamente urbana—, la máxima acumulación de capital comercial y de población seglar que lee y escribe tiene su escenario político territorial en las florecientes ciudades comerciales de Italia. Que afirman y sostienen sus específicas autonomías políticas en torno al inmediato imperio eclesial de Roma, impidiendo la configuración de ningún otro centro soberano sobre todo ese complejo y fragmentado espacio político. El Humanismo es una suerte de culto público urbano, específicamente italiano en sus orígenes: una creación estética de los hombres de letras celebrando la gloria y la fama de la ciudad, a caballo entre el *Popolo grasso* y el *Popolo minuto*. En pleno auge y resplendor, la fantasmática Resurrección literaria de la ancestral memoria latina del Imperio Romano. Junto a los legistas y físicos seglares, aparece, desde Dante y Petrarca, esa nueva categoría social de letrados seglares que son los 'poetas-filólogos' resucitando y administrando, públicamente, el viejo culto greco-romano a la Gloria. «El mundo lector de Occidente estuvo largo tiempo dominado por los humanistas italianos con su método narrativo y su latín» (Burkhardt, 1951, 139). Primera invención de una literatura específicamente burguesa que desde las ciudades italianas se expande por todos los medios letrados de la Cristiandad Feudal.

El ritual secular en latín de la Gloria y la Eternidad de la Fama en las ciudades de Italia se expande por el resto de la Cristiandad letrada con la propia velocidad de la circulación de moneda y escritura que teje las relaciones de los dominantes en ese mundo. Desde Italia se impulsa la producción monetaria de un mercado occidental, la producción escrita de una incipiente cultura literal burguesa. Chaunu ha analizado muy bien el impacto de esos flujos de relaciones y mercancías sobre la consolidación territorial de la Corona de Francia como Poder Soberano. «El Estado territorial entraña, como el capitalismo urbano con el cual 'está íntimamente imbricado, el desarrollo de una capa de hombres para los que la lectura y la escritura es una actividad corriente». La maquinaria político-administrativa de ese 'Estado de justicia y finanzas' que es el Reyno Cristiano de Francia «actúa no solamente

como un multiplicador de la economía monetaria, sino como un multiplicador de una cierta forma de cultura escrita —una cultura muy diferente, mucho menos abstracta, mucho menos refinada, pero más práctica y concreta que aquella que dispensa la cúspide del eslabón universitario para la difusión de la 'Sacra Doctrina'. El Estado de justicia y de finanzas, en estrecha relación con el primer capitalismo comercial... actúa como multiplicador de una forma de 'cultura escrita laica'. Este contacto con una administración de gentes que leen y escriben multiplica, en efecto, el número de los intermediarios que tienen acceso a la escritura. El estado obliga (en los siglos XIV y XV) a las capas altas del campesinado, en Francia e Inglaterra, a realizar la enorme inversión de una alfabetización al 10 por 100, inversión que el capitalismo comercial ha realizado, a partir de finales del siglo XIII y a principios del XIV, en la Italia Central de las grandes ciudades mercantiles» (Chaunu, 1975, 81-83).

Y así, junto a la totalidad de escribas que configura el Estamento Religioso —el estamento letrado por excelencia, máximo productor y consumidor de letra escrita, con monopolio litúrgico sobre toda escritura y lectura concerniente a la Sagrada Escritura—, el desarrollo de la escritura como tecnología secular específicamente burguesa. Frente al Latín, como única escritura culta, se inicia ahora el primer desarrollo escrito de lo que luego serán 'lenguas nacionales': la escritura en 'lengua vulgar'. En el escenario político de los Reinos, junto a los clérigos y monjes que custodian y administran el ritual carisma cristiano del Reino, se inicia la formación ascendente de toda una capa seglar de letrados (académicos, abogados, funcionarios) ritualmente vinculados a la custodia y administración de los derechos y prerrogativas de carácter secular de la corona. Este primer desarrollo de una escritura específicamente secular —de una primera racionalidad literal burguesa— viaja desde los escenarios urbanos de Italia a todos los medios letrados de Europa: a los salones y a los mercados, a los despachos comerciales y a las oficinas de la República, de la Corona, a las cortes señoriales y a todas las haciendas feudales y campesinas empeñadas en alcanzar una cierta rentabilidad económica. Formación social de un público de lectores más allá del estamento religioso y de las corporaciones universitarias. La totalidad de ese Público constituye el mercado potencial para ese incipiente desarrollo tecnológico-empresarial de la imprenta que va a culminar con la edición de la Biblia —en tipos móviles— por Gutenberg (1455). El movimiento de la nueva piedad cristiana en el tránsito de la Baja Edad Media a la Moderna (Tomas de Kempis, 'Imitación de Cristo') está vinculado a la progresiva formación de un 'público burgués' de lectores que no sólo consume 'lecturas piadosas' sino también ese novísimo género literario que son los 'libros de caballería', otro género literario que se hace internacional. En Fevbre-Martin (1962) y Chaunu (1975) puede encontrarse la información fundamental sobre todo este primer desarrollo del mercado occidental del texto impreso, supuesto crucial

para la expresión de ese 'culto al libro' que ha tipificado a todo el movimiento Humanista.

El desarrollo tecnológico-industrial de la imprenta va a ser el supuesto instrumental clave para toda la moderna revolución burguesa de la Cristiandad occidental. Es en este sentido en el que la invención moderna de la Razón, en su dimensión tecnológico-ritual, se identifica con la producción burguesa de 'la galaxia Gutenberg' (McLuhan). Su específica literalidad tipográfica va a desplazar, revolucionariamente, el litúrgico monopolio eclesial de ese último referente de todo lenguaje cristiano que es la Sagrada Escritura del Libro ('La Biblia'). «Con Gutenberg, Europa entra en la fase tecnológica del progreso, cuando el cambio mismo se hace la norma arquetípica de la vida social» (McLuhan, 1972, 220). El libro impreso, el Texto escrito y por escribir: el Autor y su Público lector, consumiendo el espacio tipográfico de la escritura del Libro que ahora resuena sobre esa última determinación mítico-ritual de todo lector o autor cristiano: la Escritura Sagrada del Libro de los Libros.

Secularizando radicalmente la escritura, transformando revolucionariamente la circulación social de los libros y de la letra escrita en general, la imprenta revoluciona los sistemas de comunicación social que regulaban el Orden ritual de la 'Cristiandad, derrumbando la vieja forma de representación simbólica de todo ese mundo tradicional. A partir de ahora la Revolución del libro va a sobredeterminar la historia objetiva de la Sociedad Occidental. Identidad tecnológico-ritual de la invención moderna de la Razón con la génesis del 'Homo Typographicus' (McLuhan). Intima determinación genético-estructural de todos esta revolución epistemológica que desde entonces hasta hoy va a sobredeterminar la inexorable ascensión social de la Burguesía como sujeto colectivo y Personaje capital en la producción histórica del Estado Nacional y de su 'modo de producción específico': el capitalismo (Marx). Sin esta revolución tipográfica de la escritura no llega a ser posible el 'sistemático cálculo racional' (Weber) que presupone e impulsa todo el movimiento histórico del Capitalismo moderno. La Revolución del Libro se cumple inmediatamente como invención moderna de la Razón —aquel nuevo espacio y argumento epistemológico desde cuyo escenario se impulsarán y celebrarán, a partir de ahora, toda esa larga serie de Revoluciones que constituyen hasta hoy el Gran Espectáculo Dramático de la historia de Occidente haciéndose Historia Universal del Mundo.

La Revolución del Libro sólo es posible sobre el supuesto ritual de esa Religión del Libro que es el Cristianismo. «El humanismo crítico es Lorenzo Valla, pero el triunfo del humanismo crítico, su dimensión europea, transformadora, es Erasmo. El momento de despegue del humanismo crítico es la publicación en Josse Bade —París, 1905— de la edición cuidadosamente revisada por Erasmo de los "Laurentii Valensis... in latinam Novi Testamenti interpretationem... anotaciones". Entre Lorenzo Valla (1407-1457) y Eras-

mo (1469-1536), dos generaciones y la imprenta... Quizás Erasmo ha pasado la cuarta parte de su existencia sobre el mármol donde se corrigen las pruebas» (Chaunu, 1975, 328-329). La culminación de la literatura humanista en la época heroica de la Imprenta —Erasmo en la 'casa/taller/academia' de Aldo Manucio (Florencia, 1508)— se cumple objetivamente con esa específica organización empresarial del 'culto al Libro', resucitando al público lector la pureza literal de los Textos Clásicos y la Escritura Sagrada. El mercado de esa primera industria editorial administra la comunión literal de su fiel público de lectores-consumidores con la pública manifestación tipográfica de las Escrituras Originarias. Consumo de eternidad para todo ese público lector que así medita su Salvación Eterna, cuando no está participando, simbólicamente, de la Fama Eterna del Humano Autor que escribió tan Inmortal Texto. Con la revolución tipográfica del mercado del libro, el Humanismo —ese originario culto público de las ciudades italianas, administrado por su poetas-filólogos— deviene profesión letrada y culto público universal en todos los medios ilustrados de Europa. Primera cultura literal específicamente secular, arcaica figura de lo que ha de ser la Ilustración Burguesa: preparación filológica y tipográfica de la Reforma de la Fe y el Entendimiento. Revolucionario argumento epistemológico a interpretar por el nuevo público de masas que ahora congrega y moviliza, explosivamente, la Revolución del Libro.

La Reforma Protestante es la primera figura, específicamente religiosa, de la Revolución occidental del Libro: primera figura histórica de la Revolución Burguesa (Marx, Engels): primer «boom» capitalista de la industria editorial administrando la comunión literal con la Palabra de Dios para ese público de masas que moviliza revolucionariamente el furor carismático de Lutero. «La imprenta, como sistema de comunicación pública que dio un enorme poder de amplificación a la voz individual» (McLuhan, 1972, 274), es el supuesto industrial de la expansión de la Reforma Protestante, inexorablemente ligada a esta primera industria cultural de masas. Las obras y panfletos de Lutero se editan y reeditan para satisfacer una demanda masiva que, a la vez que configura religiosamente la nueva Iglesia Invisible, es la primera y ejemplar figura económico-social del Mercado Capitalista. A la vez que el Índice de Libros Prohibidos y la Inquisición alejan a los fieles católicos de toda libre indagación y lectura, la predicación protestante impone públicamente, masivamente, la necesidad salvífica de la lectura. La masiva soledad individual con que los sujetos humanos concurren al Mercado, organizado políticamente por el Estado, reproduce la masiva soledad individual con que se congregan religiosamente en una Invisible Iglesia desde la lectura de la Biblia. La lectura deja de ser fundamento práctico de un privilegio estamental minoritario, para convertirse en universal práctica ritual de la Cristiandad Reformada. Lo que justifica y salva es la Fe en la Palabra, no la caridad (las obras) ni los sacramentos. Y la Palabra nunca se escucha

y entiende tan perfectamente como desde la soledad individual con que el espíritu del lector se despoja del mundo y de su propia carne para atender exclusivamente a la voz del Espíritu que habla en sus Sagradas Escrituras.

La soledad del escriba pensante que inventa la escritura lógica de la Ciencia moderna, reproduce simbólicamente el reformado escenario ritual donde la Escritura deviene solitaria iluminación espiritual y, así, carismática justificación de la propia fe cristiana. Substante identidad epistemológica de la Reforma de la Fe y la Reforma del Entendimiento, dramático argumento significante de la revolución epistemológica disparada por esta revolucionaria secularización tipográfica de las Escrituras que fundan la Religión Cristiana como 'religión del Libro'. La solitaria autodeterminación de la escritura pensante que inventa e instituye la Razón moderna, viene existencialmente sobredeterminada por la práctica ritual de la lectura en solitario de la Biblia, al margen de todo magisterio eclesial. Sólo aquellos que en su interior han descifrado libremente la Razón Divina que habla en las Escrituras, pueden atreverse a escribir por su propia cuenta con el nombre soberano de la Razón que funda la Ciencia moderna. Como verificación física de tal enunciado, la dramática soledad del discurso escrito de Bruno (1548-1600), de Francisco Sánchez (1552-1623), de Galileo (1564-1642), de Hobbes (1588-1679), de Descartes (1596-1650). La progresiva lucidez paranoica de tales escribas frente a la censura político-religiosa que amenaza toda publicación impresa, se resuelve proyectivamente sobre el escenario mágico de su propia escritura repitiendo simbólicamente el solitario escenario ritual de la Sagrada Escritura de la Revelación. La solitaria soberanía y libertad espiritual del que piensa y habla en nombre de la Razón se proyecta ritualmente sobre la libertad de espíritu de todo un público religiosamente ilustrado desde su propia habituación al libre entendimiento en solitario de la Biblia.

La Escritura como escenario ritual de la Revelación, radicalmente secularizado por la revolución tipográfica de la Imprenta. Secularización radical de la lectura y posesión de la Sagrada Escritura: como mercancía editorial para un expansivo mercado de masas, deviene instrumento colectivo de salvación individual, accesible particularmente por un módico precio. En el origen del Capitalismo Moderno, la expansiva circulación monetaria como supuesto de la expansiva circulación social de las Escrituras y del libro en general. La Religión del Libro como supuesto mítico-ritual de la producción colectiva de ese nuevo Significante despótico (Lacan, Deleuze) que va a regir toda la historia triunfante de la Revolución burguesa: la Razón. Escribiéndose en su nombre soberano, la escritura pensante de la Ciencia y la Metafísica modernas deviene escenario literal de la evidencia objetiva de su Nueva Revelación Universal. El Libro impreso como manifestación pública de la Razón o sinrazón que asiste a su escritura; el Texto escrito y por escribir; el Autor y su Público lector, produciendo y reproduciendo el escenario tipográfico de la escritura del Libro cuya Razón Soberana resuena o se desva-

nece sobre esa última determinación mítico-ritual de todo lector o escritor cristiano: la Escritura Sagrada del Libro de los Libros.

Identidad genético-estructural de toda esta inmensa reforma de la Escritura disparando la revolución epistemológica de la vieja Cristiandad occidental. La invención moderna de la Ciencia Física, la invención moderna de la Razón, es un dramático argumento epistemológico ritualmente vinculado a la Reforma Cristiana de la Fe. Disparando, desde el escenario tipográfico de la Escritura, la revolución político-religiosa de la Cristiandad. Contrarreforma, Guerras de Religión: en Ginebra, Holanda e Inglaterra triunfa la Primera Revolución Burguesa: se inicia la revolucionaria historia moderna del Estado Nacional. La conjunción de su política mercantilista con la ética calvinista dispara la génesis del Capitalismo moderno.

Sobre el dramático teatro histórico que así se sintetiza se mueven y entrecruzan los destinos y las máscaras de sus grandes personajes. La historia acumulativa del discurso escrito de la Ciencia Moderna se decide y sobredetermina desde el mismo escenario colectivo de Soberanía donde la batalla por el monopolio ritual de las Escrituras deviene guerra civil y guerra internacional. La historia de la 'revolución copernicana' de la representación física del mundo, la historia del desarrollo de la Física Moderna, viene sobredeterminada por la escisión revolucionaria de la vieja Cristiandad en términos de Reforma y Contrarreforma. El éxito editorial de Lutero determina tanto la prudencia editorial de Copérnico y de Francisco Sánchez, como la sucesiva condenación eclesial de Maquiavelo (1559, 1564), Bruno (1600), Galileo (1633). La fe católica de Copérnico y Galileo no evita la expulsión ritual de sus escritos fuera del Círculo Mágico de Escritura con que el Concilio de Trento determina los límites de la Fe y de la Razón en el horizonte eclesial de la Contrarreforma. La quiebra científica del 'sistema Tolomaico', la quiebra lógica del sistema aristotélico-escolástico, deviene amenaza radical para el riguroso edificio literal de la Fe Católica. Frente a toda herética amenaza, la Iglesia reorganiza y cierra, burocráticamente, su originario monopolio ritual sobre la Escritura. El Santo Oficio de la Inquisición será el órgano terrorista al servicio de la congelación ritual de la Verdad Escrita. A su imagen y semejanza, todo Reino Cristiano, reformado o no, organiza su propia Censura, como institución política clave frente a la eventual virtualidad revolucionaria de la escritura impresa.

A partir de ahora, el desarrollo acumulativo de la Razón y la Ciencia modernas se exilia del ámbito soberano de la Contrarreforma: Italia, Austria, la Península Ibérica. El esplendor teológico-literario del Siglo de Oro español oculta gloriosamente la miseria epistemológica de este nebuloso Leviatán imperial. El Concilio de Trento, protagonizado en buena parte por los teólogos españoles, consume sobre este país el movimiento iniciado con la cató-

lica expulsión de moros y judíos: comienza a partir de ahora el proceso de 'tibetanización cultural' (Ortega) de toda esa sociedad, atrapada en la alucinación austríaco-eclesial de un Católico Imperio Universal.

II

La escritura pensante de la Razón moderna se escribe desde el escenario ritual de la Escritura como lugar de la Revelación. Supuesto mítico-ritual del escenario lógico-conceptual de las 'demostraciones' y 'razonamientos' con que el Autor de tal escritura desarrolla analíticamente la singular 'evidencia' de su particular 'descubrimiento'. Esto es, de su particular iluminación. Carismática sobredeterminación ritual de la dimensión revolucionaria de esta novísima forma de escritor pensando contra los límites rituales de esa Escritura dominante que es la escolástica eclesial en latín. Frente al Espanto que defiende la ortodoxia escolástica —el Infierno en el otro mundo, la Inquisición en éste—, el Gran espectáculo dramático de la moderna revolución de la representación física del Universo va a consistir en el derrumbamiento del geocéntrico Sistema Ptolomaico por el heliocéntrico Sistema Copernicano. Desde ese momento, el círculo mágico de la lógica aristotélico-escolástica se rompe definitivamente: por su revolucionaria ruptura emerge la *Instauratio Magna*, el *Novum Organum*: la nueva lógica del Método Científico Experimental capaz de resolver en forma acumulativa y progresiva todos los enigmas del funcionamiento de la Maquinaria Física Universal. «Este acontecimiento sensacional podría recibir una fecha precisa, 1632. Galileo publica los "Diálogos sobre los dos principales sistemas del Mundo" y los personajes que ahí discurren se encuentran en el arsenal de Venecia. Hoy no nos podemos imaginar lo que esta puesta en escena aparentemente anodina —el que la verdadera Física pueda salir de una discusión de ingenieros— tenía de revolucionario» (Lenoble, 1969, 310). Dimensión carismático-profética de la escritura de Galileo Galilei, pretendiendo salvar para la Verdadera Iglesia la Verdad Absoluta de la Nueva Ciencia que él mismo está fundando (*vid.* Geymonat, 1969).

Desde el escenario ritual de la Escritura, la iluminación del escriba pensante que funda la Razón moderna deviene 'revelación metanoica', carisma profético, energía revolucionaria para manifestar públicamente la Desvelada Verdad que asiste al propio discurso. Arquetipo analítico de la dramática existencia social de los Padres fundadores del Nuevo Orden Significante de la Ciencia Física (*vid.* Moya, 1976, XIII-XVII). Una misma pauta ritual de comportamiento subyace a la ilimitada variedad de sus particulares y singulares historias: toda su existencia social se pone al servicio de la propia iluminación sobredeterminante que tales sujetos han alcanzado desde su particular comercio solitario con la escritura y los libros. Metidos en el dis-

curso de la Escritura, encerrados en su escenario ritual —que es, a la vez, el de su propia libertad soberana: el de su implícita o explícita autodeificación mediante la propia escritura de la Propia Iluminación—, su conversión metanoica a su inventada y propia Razón determina la dramática intensidad con que su existencia social, por encima de toda otra pasión, deviene instrumento objetivo al servicio de la progresiva escritura y manifestación de su propia Idea: su propio Descubrimiento Racional del Mundo.

En 1610, Galileo Galilei, titulándose «Sidereus Nuntius», cumple la ceremonia ritual de su propia autoconsagración pública como Inmortal Descubridor de los Astros Mediceos y Fundador de la Nueva Ciencia Física experimental. Léase la dedicatoria a Cosme II de Médicis, las páginas que inician el texto, las últimas que lo concluyen. Es Galileo quien va a eternizar a Cosme II otorgando su apellido como nombre de los satélites de Júpiter que ha descubierto con el anteojo telescópico que él mismo ha fabricado. La Gloria del Mecenas que asegura la edición pública del libro deviene instrumento social de la autoconsagración para toda la Eternidad de su Autor, que ahí cuenta Su Propio Descubrimiento de Un Nuevo Mundo. «Grandes cosas, por cierto, propongo en este breve tratado a quienes investigan la naturaleza, para que las estudien y consideren. Grandes, repito, ya sea por la importancia de ellas mismas, como por la novedad inaudita que encierran, o bien por el instrumento gracias al cual se han manifestado a nuestros sentimientos... Lo que supera con mucho toda admiración, y primeramente me movió a censurar a todos los astrónomos y filósofos, es haber descubierto cuatro estrellas errantes, por nadie observadas y conocidas antes que por mí, las cuales, a semejanza de Venus y Mercurio alrededor del Sol, cumplen sus revoluciones en torno de un astro insigne entre los conocidos, al que a veces preceden y otras veces siguen, sin separarse de él más allá de ciertos límites. Todo esto ha sido descubierto y observado con el auxilio de un anteojo inventado por mí hace pocos días, con la luz de la gracia divina. Valiéndome de un instrumento similar a éste, otros, o yo mismo, habremos de descubrir en lo futuro cosas de mayor importancia» (Galilei, 1964, 35-37).

En ese librito de 1610 Galileo escribe, para toda la eternidad de la Escritura, su propio nombre y destino: anuncia ya su próximo libro «De systemate mundi», donde explicará con mayor extensión la definitiva Revolución Heliocéntrica del consagrado Sistema Tolemaico. Desde esta fecha hasta 1632, en que publica los «Diálogos sobre los dos principales sistemas del mundo», veintidós años de investigación y escritura, una primera prohibición eclesial en 1616, un exasperante esfuerzo político hasta conseguir el imprimatur de la Iglesia (Urbano VIII). «Mi parecer en esta tarea es mostrar a las naciones forasteras que de esta materia se sabe en Italia, y particularmente en Roma, todo lo que haya podido imaginar la diligencia ultramontana... Espero que por esas consideraciones el mundo sepa que si otras naciones han navegado más, nosotros no hemos especulado menos, y que el ponerse a afirmar las fir-

mezas de la Tierra y tomar lo contrario como un capricho matemático no nace de no tener en cuenta lo que otros han pensado, sino, aunque sólo fuera por ello, de aquellas razones que la piedad, la religión, el conocimiento de la omnipotencia divina y la consciencia de la debilidad del ingenio humano nos proporcionan» (*Galileo*, en Geymonat, 1969, 143). Como definitivo reconocimiento ritual de la Gloria Inmortal del Autor, su pública y definitiva condena por la Santa Inquisición. Exactamente al año siguiente de la publicación de tan famoso «Diálogo»: Galileo sólo se salva de la Hoguera en cuanto que, desmoronado de espanto, se decide a abjurar, 'pro forma', de Su Verdad Absoluta. A cuyo desarrollo se va a seguir dedicando toda su posterior vida —frente a toda prohibición eclesial— desde los sucesivos encerramientos al margen del público a que Roma le ha condenado.

Hasta su confinamiento en Arcetri llegará Hobbes en 1635: peregrinación hasta aquel que «nos descubrió el camino de acceso a la Física General: la Naturaleza del Movimiento» (*Hobbes*, en Bernhardt, 1976, 124). En París, hacia 1630, Hobbes, que acaba de cumplir cuarenta años y ya trabajó dos o tres (desde 1621) como secretario y traductor de los últimos años de Francis Bacon, ha debido recibir su primera iluminación decisiva a partir de su lectura y discusión de alguno de los textos de Galileo, que para esas fechas tiene en su celda su corresponsal y traductor en París, el P. Marsenne (Orden de los Mínimos). En ese cuarto, junto al texto de Galileo y su cautelosísimo y entusiasta defensor francés, la presencia de Gassendi y Descartes: tal será el escenario de la iniciación ritual de Hobbes a los misterios de la Nueva Filosofía. El inglés cuenta —a su modo— esa experiencia de una iluminación sobredeterminante para toda su posterior consagración a la Escritura de la Ciencia. «Desde el momento en que hube comunicado a Marsenne mis ideas y en que él a su vez las dio a conocer a otros, fui contado en el número de los filósofos. Su celda valía más que todas las escuelas» (*Hobbes*, *Vita carminae expressa*).

El apasionante escenario de tales discusiones dispara la imaginación especulativa del nuevo filósofo, su iluminación originaria: la representación geométrico-matemática de la naturaleza del movimiento como camino real de acceso a la Física Universal. «Las matemáticas, y más exactamente la geometría, se le revelan como física rigurosa. Treinta años después cuenta él mismo cómo fue a dar (sin duda en París) con un Euclides abierto por el teorema de Pitágoras, y con qué arrobamiento había ascendido, de proposición en proposición, hasta los primeros principios... Una lógica científica y una sólida filosofía natural eran posibles, con tal de que la geometría representase el tejido mismo de la naturaleza. Más precisamente la revelación de Euclides concordaba de la mejor manera con los intentos mecanicistas del medio baconiano y renovaban el interés de éstos. Sobre todo el mecanismo cinético, generalizando una idea de Bacon, reducía los fenómenos más diversos a variaciones de movimiento local, prestándose así a la sistematización

de las génesis geométricas. Todo debía concebirse como una diferencia cinética, toda particularidad sensible tenía por causa, a la vez eficiente y formal, la diversidad de movimientos, y la sensación misma sólo podía producirse por una variación cinética. Incluso el ser humano... Nada había que no entrase en la ondulante homogeneidad de ese mecanismo universal y en la claridad racional de su representación geométrica» (Bernhardt, en Châtelet, 1976, II, 121).

«Euclides abierto por el Teorema de Pitágoras». Galileo es el Maestro de la nueva iluminación pitagórica, descubriendo al joven Hobbes la textura geométrico-matemática del Universo Físico. Una cita de Galileo en 1604 en torno a la ley de la caída de los graves y al «Trattato di mecaniche» para entonces escrito, que es el propio texto que hacia 1629-1630 está traduciendo o acaba de traducir el P. Marsenne: «Reflexionando sobre las cuestiones del movimiento, en las que para demostrar los accidentes observados por mí me faltaba un principio totalmente indudable para poder ponerlo como axioma, me he limitado a una proposición que tiene mucho de natural y evidente, y, supuesta ésta, demuestro después lo demás, esto es, que los espacios recorridos en movimiento natural están en proposición doble de los tiempos, y por consiguiente que los espacios recorridos en tiempos iguales son como los números impares 'ab unitate', y lo demás. Y el principio es éste: que el móvil natural va aumentando de velocidad en la proporción en que se aleja del origen de su movimiento.»

«A ojos de Galileo y de sus contemporáneos... la nueva mecánica descubre la existencia de una regularidad 'aritmética' en la caída de los graves ('los espacios recorridos en tiempos iguales son como los números impares ab unitate'). ¿Cómo negar la fascinación de una ley así, en la que los científicos del siglo XVII veían reaparecer el eco del pitagorismo más antiguo...? No hay duda de que la actitud de Galileo es típica del más puro iluminismo. En realidad revela una confianza completamente iluminista en la razón humana que, con la investigación científica, puede esclarecer los más engañosos malentendidos, superar todos los viejos prejuicios y descubrir todos los secretos de la naturaleza» (Geymonat, 1969, 36-38, 82). La última clave de su propia iluminación es lo que Galileo resume en un célebre de «Il Saggiatore» (1623): «La filosofía está escrita en ese vasto libro abierto constantemente ante nuestros ojos (quiero decir el universo) y no puede uno comprenderlo si primeramente no aprende a conocer el lenguaje y los caracteres en los que está escrito. Mas está escrito en lenguaje matemático, y sus caracteres son el triángulo y el círculo y demás figuras geométricas, sin las cuales es humanamente imposible comprender ni una palabra».

Un no precisado texto de Galileo se señala así como última cifra y arcano de la lectura hobbesiana de «Euclides abierto por el teorema de Pitágoras». Al nivel del significante dramático más profundo, la peregrinación de Hobbes hasta Galileo en Arcetri (1635) es el equivalente ritual de la pe-

regiración de Descartes a la Virgen en Loreto (1623): ambos en señal de eterno agradecimiento a su primera Iluminación. «El 10 de noviembre de 1619, cuando yo estaba lleno de entusiasmo y cuando yo descubrí los fundamentos de una ciencia admirable...» (Descartes, 1936, 5, 52). Descartes se sueña en presencia de «el Espíritu de Verdad que ha querido abrirle los tesoros de todas las ciencias por este sueño» (Alquié, en Descartes, *loc. cit.*, 57). El texto ausente en el sueño del filósofo francés bien podría ser «Nihil scitur» («Que nada se sabe») de Francisco Sánchez (1552-1623): «Tractatus de multum nobili et prima universali scientia quod nihil scitur.» Hacia esa misma hipótesis convergen las conexiones ya registradas por Menéndez y Pelayo y Dilthey entre el judío español, Catedrático de Ciencia Médica en Montpellier, y el autor del Discurso del Método.

Un opúsculo inédito hasta 1889 —el «Pequeño tratado», escrito entre 1630 y 1631— ha conservado el primer esbozo del sistema científico-filosófico con que Hobbes lleva a la escritura su originaria iluminación, su entusiasta y maravillada razón. Abarcará, «por orden de composición creciente, el estudio de la sustancia corpórea en general, "corpus"; el del hombre en estado natural, "homo"; y, por último, el del hombre en sociedad, el ciudadano, "civis"» (Bernhardt, *loc. cit.*, 122). A partir de ahí, queda sobredeterminada ritualmente la existencia temporal de este fervoroso escriba escribiendo y pensando en el nombre de la Razón. Toda su vida posterior se resuelve en un único empeño: desarrollar analíticamente, científicamente, ese originario argumento epistemológico de su propia razón descubriendo la Mecánica Razón Física que rige el Movimiento Universal de los Cuerpos. «Pues nada hay fuera de los cuerpos, es decir, de las cosas materiales, dotadas de dimensiones y circunscribibles espacialmente, que pueda ser movido» (Hobbes, «Elements of Law»; *vid.* Dilthey, 1947, 383).

En 1640, con el Parlamento Largo, se abre en Inglaterra el primer acto de la Revolución Nacional. En ese mismo año Hobbes ha hecho circular su manuscrito «Elements of Law», tomando posición frente al proceso revolucionario que amenaza la pacífica seguridad de la Sociedad inglesa. Es la primera salida al público de este solitario pensador, decisivamente animado ahora por el aristocrático círculo de los Cavendish. Ese texto, dividido en dos partes ('De la naturaleza humana'. 'Del cuerpo político'), se presenta como una primera exposición pública de su sistema, forzosamente incompleta. Frente a la amenaza revolucionaria de la guerra civil, el filósofo trata de iluminar a su público nacional escribiendo en nombre de esa misma Razón que sustenta la Nueva Ciencia Física de Galileo y que dicta las reglas del Cartesiano Discurso del Método (publicado en 1637). Para el conocimiento científico del mundo no hay otra objetividad posible que la evidencia física del movimiento universal de los cuerpos. La invención moderna de la Razón, la invención moderna de la Ciencia, es, ante todo, el descubrimiento de la Cien-

cia Física como única evidencia racional absoluta en medio del caos político-religioso que hace estallar la Primera Revolución Burguesa.

Ninguna revolución se atiene a razones sino cuando ya ha cesado su propia explosividad y no es sino memoria ritual al servicio de la Nueva Razón de Estado que así se impone. El peregrino atrevimiento de Hobbes —enfrentándose con demasiadas facciones a la vez— le pone en riesgo de muerte. A finales de 1640, en busca de la seguridad física que requiere su propio trabajo intelectual, Hobbes emigra a Francia, a París, repitiendo el propio movimiento estratégico de Descartes, que en 1629 comienza su voluntario refugio en Holanda, guardándose así del católico Leviatán nacional de su propia Patria. Laberinto dramático de los personajes y las máscaras de la Razón encerrados en el escenario ritual de la Escritura —en la específica complejidad significativa de sus específicos escenarios concretos—. El teatro de Signos que es la escritura señala o encubre, pronuncia y retira, aquello mismo que así se manifiesta: el Significante, en cuanto supuesto y determinación físico-social del significado del signo. Los Nombres Heroicos de la invención de la Razón Moderna se acumulan entre sí: el Padre Marsenne, desde París, es un acumulador central de conexiones internacionales con todos los sabios europeos de su tiempo. La independencia soberana de la Corona Francesa frente al Pontífice —el Galicanismo de esa Iglesia nacional— asegura un mínimo espacio libre para el nuevo discurso de la Razón que desde 1633 se ha clausurado por el Santo Oficio en Italia, en España, en Austria. Vives y Sánchez —como los Spinoza en Holanda— ya se habían exiliado mucho antes de su terrible y católica patria. Hobbes no resistía en Londres, emigraría a París; Descartes acabará emigrando a Holanda.

Para la Ciencia europea del siglo xvi, la recepción de judíos españoles a partir de 1493, fecha de su católica expulsión de la Corona de España, ha debido ser algo así como la recepción de los fugitivos judíos alemanes para la contemporánea ciencia norteamericana. Como la Segunda Guerra Mundial, explosión universal del terrorismo estatal-nacional, las Guerras de Religión, acelerando y multiplicando la circulación de los escribas y las escrituras disidentes; y de todas aquellas gentes que han tenido que romper ritualmente con la inmediatez político-religiosa de su propia Patria y Leviatán: por sus ideas, por su etnia ritual, por su específica Fe o falta de Fe. El mecanismo Guerra Civil/Guerra Internacional, disparando la producción definitiva del sistema europeo de los Estados Nacionales, acelera la circulación y acumulación de escribas y escrituras, produciendo, colectivamente, la nueva escritura de la Razón. La celda en París del Padre Marsenne es un escenario estratégico de ese proceso de acumulación de conexiones entre libros y escrituras, autores consagrados y novísimos escribas. Genealogía ritual de la producción colectiva del Nuevo Orden Significante: la Razón.

Pensando en términos genealógicos (Nietzsche), pensando en términos genético-estructurales, hay que empezar a entender la radical identidad episte-

mológica de todo ese discurso que se acumula bajo los nombres de Galileo, Descartes y Hobbes más allá de la singularidad particular de tales escribas y escrituras.

Intentamos reconstruir, analítica y sintéticamente, el acontecimiento decisivo de la Instauración Magna de la Ciencia Física, como Lenguaje y Razón Absoluta de la Maquinaria Universal de los Mundos. Spinoza, Locke, Leibniz, Newton van a pensar, cada uno por su cuenta, desde el nuevo espacio significativo que ha establecido ya la convergencia sobre Galileo de Descartes y Hobbes. Por detrás de estos últimos, Kepler, Francis Bacon, Francisco Sánchez, Bruno, Maquiavelo, Copérnico, Colón. Mínimo resumen condensando en nombres clave una única historia hecha de muchas más historias y gentes, acumulándose sobre el escenario significativo de la Escritura de la Razón.

Volvamos sobre Galileo, profesor en la Universidad de Padua, moviéndose por los salones de la Señoría veneciana, discutiendo y hablando con los religiosos consultores de la República para cuestiones teológicas, frecuentando admirado «el industrioso ambiente que se encontraba en torno al célebre Arsenal, obteniendo de él numerosos y muy útiles temas de reflexión científica» (Geymonat, 1969, 24). Galileo escribe sus «Discorsi e dimostrazioni matematiche in torno a due nuove scienze»: «Me parece que la frecuente visita a vuestro famoso arsenal, Señores Venecianos, ofrece a los intelectos especulativos un amplio campo para filosofar, y ello especialmente en torno a esa parte que se llama mecánica; ahí se ponen en funcionamiento continuamente toda clase de instrumentos y de máquinas por obra de gran número de artífices, entre los cuales, por las observaciones hechas por sus antecesores y por las que van haciendo continuamente ellos mismos por su propia cuenta, es necesario que haya algunos muy hábiles y de muy perspicaz razonamiento». La nueva escritura de la Razón Moderna se escribe pensando desde las máquinas que multiplican los sentidos y las energía física ('virtú') de los hombres a la hora de leer «el gran libro de la Naturaleza» que Galileo sabe «escrito en lenguaje matemático». Habiendo reinventado y fabricado él mismo ese instrumento mecánico que es su antejo, el físico y filósofo italiano piensa la medición y el cálculo exacto de la Maquinaria Física Universal: en términos geométrico-matemáticos, para mayor evidencia, certeza experimental y precisión literal del nuevo lenguaje de la Nueva Ciencia, Galileo piensa su propia fama y hazaña desde las de Kepler, Américo Vespucio, Copérnico, Colón, Arquímedes, Euclides, Platón.

Como católico, Galileo cree en la Eternidad de la Escritura. Como cultivado hombre de letras, profesa ceremonialmente el mismo culto a la Gloria Inmortal que transparentan las sesiones, decididamente paganas, fantasmáticamente etruscas, de ese humanista radicalmente crítico que es Maquiavelo departiendo en vestido de gala con los Grandes Ancianos, eternizados por las escrituras clásicas del Latín y el Griego, mucho antes de que sobre su

desolada Patria imperase la Iglesia. «Al caer la tarde regreso a mi despacho. En el umbral me despojo de mi traje de campesino y me visto con magnífico traje de cortesano y, así vestido con decoro, voy a la Corte de los grandes ancianos. Recibo cordialmente, me nutro allí con los alimentos que me son propios, para los que he nacido. No tengo reparo en hablar con ellos y en preguntarles por los motivos de sus acciones y ellos me contestan con franqueza» (Maquiavelo, en Dilthey, 1947, 37).

En el escenario ritual de la Escritura, sobredeterminando ahora la escritura en nombre de la Razón, se produce y reproduce la ilusión de Eternidad de sus escribas, legando su nombre inmortal a todos sus posteriores lectores. Sólo la Fe mueve montañas —y ello también ocurre cuando alienta la fe en la Razón tal y como acontecía en ese momento crítico de la historia occidental, radicalmente revolucionario. Bajo el carnaval de máscaras etruscas y nombres heroicos que es también la iluminada escritura de Maquiavelo (riguroso coetáneo de Lutero y Copérnico) corre ya ese mismo discurso en que la Razón, haciéndose escritura pensante, intenta leer el movimiento físico de las Naciones y las Pasiones humanas a través de esas Máquinas de Poder Soberano que son los Estados. La concepción racional-instrumental del Estado tal y como se explicita en «El Príncipe» y en los «Discursos sobre la primera década de Tito Livio», prepara ya la escritura de «Leviatán».

Ese afanoso lector e investigador que es Hobbes debe conocer los textos del filósofo italiano desde la época en que trabajó con Bacon. Pero lo que en el florentino seguía siendo 'espejo de Príncipes' y apuesta por su 'fortuna' y 'virtú', deviene con «Leviatán» tratado Científico de Física Política: sistema científico natural de la Política construida como Física Mecánica de ese singular 'cuerpo artificial' que es el Estado. Hobbes piensa el argumento del Estado desde la 'evidencia racional' que constituye el argumento epistemológico de su propia iluminación fundante: «Nada hay fuera de los cuerpos». «Luego de mucha experiencia y de serio meditar adquirí la convicción de que en la naturaleza todo se produce mecánicamente, que todos los fenómenos de las cosas, tanto en los dominios de la sensibilidad animal como en las afecciones de los demás cuerpos, se explicaban por los movimientos de toda clase y medida de una sola materia» (Hobbes, *De Corpore*, cap. XV; *vid.* Gómez Arboleya, 1957, 134-138). Cuando concluya «Leviatán» —«doctrina del cuerpo artificial» que es el Estado— el filósofo inglés volverá a su «interrumpida especulación de los cuerpos naturales» (Hobbes, 1940, 587). Ante todo Hobbes es un 'físico' que estudia las 'leyes racionales' con que la Naturaleza constituye los Cuerpos que integran el Mundo. La Política, propiamente, no es otra cosa que la culminación del «arte» del hombre, en cuanto imitación, desde la razón humana, de la «operación racional» de la Naturaleza en la constitución de la realidad física, corpórea.

«En primer término, una cosa puede considerarse como "materia o cuerpo"; como "viva, sencilla, racional, caliente, fría, movida, quieta"; bajo todos estos nombres se comprende la palabra "materia o cuerpo"; todos ellos son nombres de materia» (Hobbes, 1940, 28). Sólo por referencia a la materialidad o corporeidad física de la realidad tienen sentido racional los «nombres» desde los que se investiga científicamente el mundo. A esa primera serie de «nombres de materia», se añade la serie de los nombres de «accidentes y cualidades» de la materia, la serie de los que versan sobre las «imágenes» que expresan las propiedades del cuerpo humano, y las de los «nombres de los nombres mismos y de las expresiones» —esto es, los términos con que se habla del nombrar mismo, en cuanto actividad corporal humana—. «Esto es toda la variedad de los nombres que determinamos positivos (...). Todos los demás nombres no son sino sonidos sin sentido» (*loc. cit.*, 29). El lenguaje hobbesiano es, ante todo, lenguaje «científico-físico», como único «fundamento verdadero de cualquier raciocinio».

Dilthey ha visto en Hobbes uno de los primeros representantes de lo que Comte llamaría, siglos más tarde, «filosofía positiva» (Dilthey, 1947, 388). El materialismo científico de Hobbes es singularmente moderno: a partir de Galileo prolonga el discurso del método científico-natural con el que Francis Bacon (*Instauratio Magna, Novum Organum*) avanzaba sobre la Física aristotélica hacia una teoría del conocimiento que, como teoría del lenguaje científico, anuncia la Lógica Científica de nuestros días. El residuo aristotélico averroísta de Bacon se disuelve definitivamente desde este «fiscalismo nominalista» que identifica el concepto de «materia» con el de «corporeidad sujeta a nombre» (Hobbes, 1940, 28), y el de «forma», con el de «nombre». La luz de la mente humana la constituyen las palabras claras, pero libres y depuradas de la ambigüedad mediante definiciones exactas; la «razón» es el «paso», el incremento de «ciencia», el «camino»; y el beneficio del género humano, el «fin» (*loc. cit.*, 38). La teoría agustiniano-escolástica del Itinerario de la Mente a Dios deviene ahora Camino del lenguaje hacia la Naturaleza Material como condición de su dominio tecnológico al servicio de los humanos. «La ciencia es el conocimiento de las consecuencias y dependencias de un hecho respecto a otro: en base de esto, partiendo de lo que en la actualidad podemos hacer, sabemos cómo realizar alguna otra cosa si queremos hacerla ahora, u otra semejante en otro tiempo. Porque cuando vemos cómo una cosa adviene, por qué causas y de qué manera, cuando las mismas causas caen bajo nuestro dominio, procuramos que produzcan los mismos efectos» (*loc. cit.*, 37). La ciencia, en cuanto conocimiento causal, es el supuesto de la producción material racional. También para Bacon la ciencia tiene esa finalidad pragmático-productiva. «El objeto de nuestra fundación es el conocimiento de las causas y secretas nociones de las cosas y el engrandeci-

miento de los límites de la mente humana para la realización de todas las cosas posibles» (Bacon, 1966, 263).

«El verdadero libro de la filosofía es el libro de la naturaleza, que se halla perennemente abierto ante nuestros ojos, pero que está escrito con letras distintas de las de nuestro alfabeto; sus letras son triángulos, cuadrados, círculos, esferas, cilindros, pirámides y otras figuras matemáticas, en una palabra, este libro sólo puede ser leído con ayuda de las matemáticas» (Galileo, en Dilthey, 1947, 270). Hobbes, que ha conocido en París a Descartes dedicado a la Geometría y a la Matemática como explicación de la «Res Extensa», prolonga el discurso de Galileo. «Cuando un hombre razona, no hace otra cosa sino concebir una suma total, por "adición" de partes; o concebir un residuo, por "sustracción" de una suma respecto a otra: lo cual (cuando se hace por medio de palabras) consiste en concebir a base de la conjunción de los nombres de todas las cosas, el nombre del conjunto: o de los nombres de conjunto, de una parte el nombre de la otra parte... En cualquiera materia en que exista lugar para la "adición" y la "sustracción" existe también lugar para la "razón": y donde quiera que aquélla no tenga lugar para la "razón" no tiene nada que hacer... Porque RAZON, en este sentido, no es sino "cómputo" (es decir, suma y sustracción) de las consecuencias de los nombres generales convenidos para la "caracterización" y "significación" de nuestros pensamientos; empleo el término "caracterización" cuando el cómputo se refiere a nosotros mismos, y "significación" cuando demostramos o aprobamos nuestros cálculos con respecto a otros hombres... Porque la razón es, por sí misma, siempre, una razón exacta, como la Aritmética es un arte cierto e infalible» (Hobbes, 1940, 32, 33). En Hobbes la resonancia pitagórico-platonizante de la Mathesis universal de Galileo y Descartes manifiesta su decidida sustancia política burguesa. En el avanzar de la razón de una consecuencia a otra «no puede existir certidumbre respecto a la última conclusión sin una certidumbre acerca de todas aquellas afirmaciones y negociaciones sobre las cuales se fundó e infirió la última. Si un jefe de familia, al establecer una cuenta, asentara los totales de las facturas pagadas, en una suma, sin tomar en consideración cómo cada una está sumada por quienes las comunicaron, ni lo que pagó por ellas, no adelantaría él mismo más que si aceptara la cuenta globalmente, confiando en la destreza y honradez de los acreedores: así, también, al inferir de todas las demás cosas establecidas, conclusiones por la confianza que le merecen los autores, si no las comprueba desde los primeros elementos de cada cómputo (es decir, respecto a los significados de los nombres, establecidos por las definiciones) pierde su tiempo: y no sabe nada de las cosas, sino simplemente cree en ellas» (Hobbes, *loc. cit.*, 34).

Ferviente admirador en su juventud de un Aristóteles más o menos ave-roizante, Hobbes acabará condenándolo como mentor escolástico del Reino de las Tinieblas, en nombre de la «matemática física», o si se quiere, de la

«aritmética política» del Mercantilismo, de la que él es uno de los más gloriosos padres.

La física matematizable de Hobbes se constituye desde una razón que en algún modo repite la identidad griega de «razón» y «lenguaje» (Hobbes, *loc. cit.*, 26). Pero sus límites trascienden absolutamente el cosmos local de la política griega para autoconstituirse en universalidad matematizable del mundo físico: a diferencia de Atenas y su limitada expansión mediterráneo-oriental, Londres se está convirtiendo en la capital de un auténtico mercado mundial. Es el momento en que William Petti y los teóricos del Mercantilismo están poniendo los primeros fundamentos de la teoría económica capitalista; la circulación de la mercancía, en cuanto magnitud monetariamente contabilizable, anuncia ya el advenimiento de la lógica universal de la mercancía desde la propia lógica universal de la razón físico-matemática. Desde el arquetipo de burgués —«jefe de familia» y «empresario racional»— delineado por Hobbes hay que entender la nueva situación epistemológica que ahora se configura. La Reformada Razón burguesa no se constituye en la pública discusión verbal entre ciudadanos sino en la solitaria lectura individual de los dos «libros» fundamentales para la existencia de todo piadoso negociante: la Biblia y el Libro de Cuentas. A la vez que una hermenéutica bíblica radicalmente libre introduce una ambigua aura de ateísmo sobre el «materialismo científico» hobbesiano, su construcción de la razón «*more mathematico*» desborda definitivamente los supuestos metafísico-teológicos del «naturalismo político» de Aristóteles. La identificación que el pensador inglés establece entre Ciencia y Filosofía es precursora del Positivismo lógico contemporáneo.

El «cálculo en palabras» de la realidad es la única posibilidad de razón científico-objetiva desde la sistemática desconfianza de este solitario burgués, exiliado políticamente de Londres y de Inglaterra en función de su exacto cálculo racional de la explosión revolucionaria de la monarquía Estuardo. Sólo la física «*res extensa*» es calculable matemáticamente. Por esto es la única objetividad posible, real, para esta solitaria subjetividad que calcula en palabras el mundo. El dualismo metafísico cartesiano reproduce sistemáticamente la dialéctica categorial «exterior-interior» que vertebra la teología protestante. Cuerpo, «*res extensa*», materia, extensión, espacio, se contraponen completamente a alma, «*res cogitans*», pensamiento, tiempo (Descartes, *Meditación Segunda*): materialismo físico mecanicista como antitético complemento del espiritualista «idealismo de la libertad» que Dilthey atribuye a Cartesius. En Hobbes no hay tal dualismo metafísico sino puro fisicalismo nominalista: la amistad entre el pensador francés y el inglés se rompe cuando este último critica radicalmente el manuscrito de las *Meditaciones Metafísicas*. La dualidad sustancial con que el espíritu se separa de la corporeidad material se disuelve en la sensible graduación nominalista que va del «nombre de cuerpo» al «nombre del nombrar los cuerpos», como atributo sustancial del «cuerpo humano», en cuanto dotado de la «propiedad» natural de la «pala-

bra». «La segunda causa de las aseeraciones absurdas, la adscribe a la asignación de nombres de 'cuerpos o accidentes', o de 'accidentes a cuerpos', en ellas incurren quienes dicen que la 'fe es inspirada o infusa', cuando nada puede ser insuflado o introducido en una cosa sino un cuerpo; o bien que la 'extensión' es un 'cuerpo'; que los 'fantasmas' son 'espíritus', etc... Así que el verdadero significado de 'espíritu', en el lenguaje común, o bien es un cuerpo sutil, fluido o invisible, o una aparición, u otro ídolo o fantasma de la imaginación» (Hobbes, 1940, 35-36, 324).

A diferencia de la «cogitatio» cartesiana, la «palabra», el «cálculo de nombres» es algo físico en cuanto acontece en el espacio y no sólo en el tiempo. Los «ángeles o espíritus» serían en todo caso «cuerpos sutiles», formados por Dios, y, que apareciéndose sobrenaturalmente en un momento dado, «son sustancias provistas de dimensión, y ocupan lugar, y pueden ser movidas de un lugar a otro, lo cual es peculiar a los cuerpos». «Sólo así se distinguirían de los 'fantasmas', que 'no ocupan lugar', ni están en 'ninguna parte', ni en 'ningún momento', esto es, que pareciendo estar 'en algún lado' no son nada» (Hobbes, *loc. cit.*, 329). Nunca hasta ahora se había hecho una negación tan radical del concepto de «espíritu» como posible 'evidencia racional'. Pero la soledad epistemológica desde la que surge este 'materialismo' nominalista es bien distinta del solipsismo pensante de Descartes. En sus Meditaciones, el «Cogito ergo sum» se explicita como evidencia de «la naturaleza del espíritu humano, que es más fácil de conocer que el cuerpo». Hobbes piensa la razón como «lenguaje» —«cosa social por excelencia» (Ortega)— y por tanto, como actividad corporal integrada en términos de «pactos» en el mercado político que constituye el «cuerpo artificial» de Leviatán. El conocimiento racional, la Ciencia, se constituye a partir de la experiencia sensible corporal. Visiblemente corpóreas son las palabras registradas en la lectura del Libro de Cuentas o del «libro de los libros», la Biblia. Visiblemente corpórea es la «significación» de los «nombres» con que nuestra razón intenta «demostrar o aprobar nuestros cómputos con respecto a otros hombres» (Hobbes, *loc. cit.*, 33): sólo desde su correlato corporal tienen sentido y significación tales «nombres» para los demás hombres a los que la palabra se dirige. Visiblemente corporal es la sujeción con que los humanos componen el «cuerpo artificial» de Leviatán y «los 'convenios' mediante los cuales la parte de este cuerpo político se crean, combinan y unen entre sí», en tal forma que se asemejan «a aquel 'fiat' o 'hagamos al hombre' pronunciado por Dios en la Creación» (Hobbes, *loc. cit.*, 3). La existencia racional del sujeto hobbesiano no es originariamente evidente como pura existencia pensante sino como existencia práctica corporal de un súbdito individual de un Estado cuya «potencia» consiste en la riqueza y abundancia de todos los miembros particulares y cuya «salvación», «son sus negocios», *Salus Populi* (*loc. cit.*, 3).

Desde el celo de las Iglesias Cristianas hasta la ingenua Razón absoluta de la Ilustración (Marx es su última culminación y epígono glorioso) se ha in-

sistido una y otra vez en el «materialismo ateo» del filósofo inglés. Que su fisicalismo nominalista rechace la argumentada evidencia racional del dualismo metafísico de Descartes no significa que niegue y disuelva la dualidad «exterior-interior»/«inmanencia física del Mundo-transcendencia absoluta de Dios» que vertebraba epistemológicamente la propia «libertad de espíritu» de la reformada conciencia cristiana. La lectura del Antiguo y el Nuevo Testamento, desde una hermenéutica teológica radicalmente solitaria y libre, le permite disolver racionalmente la propia iniciación sacramental de la comunidad eclesial cristiana, el bautismo. El «cálculo racional» de los argumentos del Evangelio, su última «suma» teológica, se reduce a un «único artículo de fe» que la Escritura impone como condición de salvación, «que Jesús es el CRISTO (...). Por consiguiente, creído este artículo, que Jesús es el Cristo, ello es suficiente para el bautismo, es decir, para nuestra recepción en el reino de Dios y, por consecuencia, lo único necesario» (Hobbes, 1940, 492). «El 'Espíritu Santo' es la deidad misma (...). Nuestro salvador, tanto en la enseñanza como en el reinado, representa (como lo hizo Moisés) la persona de Dios: Dios que, de este tiempo en adelante, y no antes, se denominó el Padre; y siendo aún una y la misma sustancia, es una persona en cuanto está representado por Moisés, y otra en cuanto está representado por su Hijo, en Cristo. Porque entendiéndose por persona algo relativo a la pluralidad de representantes es natural que a la pluralidad de representantes corresponda una pluralidad de personas, aunque de una y la misma sustancia» (Hobbes, *loc. cit.*, 336, 407). El dogma trinitario, en su afirmación más exacta, se mantiene explícitamente una vez depurado, bíblicamente, de todo el contexto «mitológico» con el que la teología sacramental de la Iglesia lo había convertido en clave dogmática del Reino de las Tinieblas.

Significativamente, la argumentación teológica que el filósofo despliega con su doctrina acerca de los sacramentos —puros «signos de admisión y conmemoración» en su propia inmediatez física visible (Hobbes, *loc. cit.*, 344)— no hace sino radicalizar las tesis correspondientes de Calvino. La expresión «Reino de las Tinieblas» para la Católica Iglesia Romana es un término rigurosamente teológico-político en la radical ilustración racional de la Fe cristiana que Hobbes profesa. La Ilustración Cristiana que mueve a Hobbes supone la radicalización racionalista de los últimos supuestos de esa Reforma Racional de la Fe que impulsa ya la revolucionaria Teología de Lutero y Calvino: «sacerdocio universal»: «soberanía espiritual» de todo ciudadano cristiano para leer y entender la Palabra que habla en la Sagrada Escritura. La inefable trascendencia del Reino de Dios está más allá de la evidencia racional con que la Naturaleza Física rige el Reino Corporal de este Mundo, sobre el que los mortales humanos producen Leviatán: «Aquel dios mortal, al cual debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y defensa» (Hobbes, 1940, 141). «El reino de Dios no es de este mundo: por consiguiente, sus ministros (a menos que sean reyes) no pueden requerir obediencia en su nom-

bre». Leviatán pertenece a este Mundo: es un «cuerpo artificial» sometido a las leyes físicas de conservación y destrucción que rigen su maquinaria política, la perfección histórica de Leviatán es el Estado Cristiano que Hobbes diseña en la tercera parte de su libro. El Soberano de tan modélico Estado nacional no puede descansar en la «magia sacramental» del nombre de Dios administrado por otra Iglesia absoluta que no sea su absoluta Soberanía sobre sus cristianos súbditos. «Su autoridad, como la autoridad de todos los demás príncipes, debe estar fundada en el consentimiento del pueblo y en su promesa de obedecerle». De ahí que frente a tan piadosos súbditos su legítimo Rey sea la Unica mediación soberana entre la Palabra de Dios y su culto público dentro de su propio Reino. Todo Monarca cristiano que quiera asegurar su Soberanía ha de ser el Unico Jefe y Profeta de esa Iglesia Cristiana que forman los súbditos de su propio Estado. «Porque cuando los cristianos no toman a su soberano cristiano como profeta de Dios, consideran sus propios sueños como la profecía por la cual piensan ser gobernados, y la hinchazón de sus propios corazones como el espíritu de Dios, o toleran ser dirigidos por algún príncipe extraño, o por alguno de sus conciudadanos, que puede fascinarlos hacia la rebelión contra el gobierno sin otro milagro que confirme, a veces, su vocación, que un extraordinario suceso e impunidad; y que destruyendo por este medio todas las leyes, divinas y humanas, reduce todo el orden, gobierno y sociedad al caos primitivo de la violencia y la guerra civil» (Hobbes, 1940, 411; 391; 361).

La Religión Cristiana en los límites seculares de la Razón Absoluta del Estado. La Revolución Burguesa de la Cristiandad Occidental prosigue aquí su peculiar discurso. Secularización burguesa de la Escritura, revolución tipográfica del Libro, alfabetización literal progresiva de la población occidental, invención poético-profética de la Razón, Reforma de la Fe y Reforma del Entendimiento, invención de la Ciencia moderna en su específica intención tecnológica, invención política de la Razón Absoluta del Estado, Revolución del Estado Nacional, génesis y progresiva expansión universal de la Lógica de la Mercancía (Marx). En conexión con la expansión mercantilista de la circulación monetaria occidental, el desarrollo tecnológico-industrial de la imprenta se identifica objetivamente como el instrumento universal de la revolucionaria impulsión y aceleración de un proceso universal de racionalización instrumental (Weber) de toda suerte de relaciones y comportamientos, determinando la progresiva secularización radical del Universo Mundial que la Moderna Razón burguesa ha constituido construyendo su propio escenario ritual. La nueva escritura de la Ciencia y de la Historia Universal, constituyéndose como escritura pensante de la Razón, deviene fundación ritual de la trascendencia colectiva donde esta revolucionaria Sociedad Civil sueña políticamente su propia eternidad. Edificio literal del Teatro Histórico Universal de la historia moderna y contemporánea de Occidente.

En su primera fundación revolucionaria, la escritura moderna de la Razón

es un puro desplazamiento de ese último referente que es la letra de la Sagrada Escritura, desde la superficie y consistencia física de la Maquinaria de los Mundos y los Cuerpos al abismo del sueño de Eternidad que habita en la Razón Absoluta del Sujeto Pensante. Que hacia el exterior multiplica sus instrumentos de visión, de navegación, de cálculo, produciendo el Nuevo Organó de la Ciencia Física Moderna: la Razón analítico-experimental. Desde un principio la Razón Moderna —más allá de los específicos sueños de Eternidad de sus afanosos autores— se configura como Razón Instrumental: como Razón Pura de Dominación. Desde Colón a Bacon y Galileo, un gran argumento dramático para toda conciencia ilustrada europea: el Progresivo Descubrimiento y Conquista de todo este Nuevo Mundo que ahora comienza a ser mecánicamente calculable y mundialmente explotable para sus occidentales protagonistas, «Natura non nisi parendo vincitur» (Bacon, «Redargutio philosopharum»).

«¿'Voluntad de verdad' llamáis vosotros, sapientísimos, a lo que os impulsa y pone ardorosos? Voluntad de volver pensable todo lo que existe: ¡así llamo yo a vuestra voluntad! Esa es toda vuestra voluntad, sapientísimos, una voluntad de poder: y ello aunque habléis del bien y del mal y de las valoraciones. Queréis crear el mundo ante el que podáis arrodillaros: ésa es vuestra última esperanza y vuestra última ebriedad» (Nietzsche, 1972, 169). Pero Nietzsche habla en un tiempo en el que se dice y se escucha que Dios ha muerto. Ya no es el tiempo sagrado de la Fundación, sino que se anuncia, con su conclusión metafísica (Heidegger), el final definitivo de la Historia de la Razón: su mecánica realización universal a nivel tecnoburocrático, a nivel científico-tecnológico. Prescindamos aquí de la actualidad industrial de este último Hombre para volver al tiempo heroico de la escritura moderna de la Razón, calculando físicamente la Mecánica política de Leviatán. En aquel tiempo, Hobbes, como todos sus contemporáneos escribas en nombre de la Razón, seguía siendo radicalmente monoteísta. Junto a los libros de Física, de Historia o de Filosofía, seguía ocupando su puesto ritual el libro de los libros: la Biblia. «Leviatán» es un tratado de Física Política doblado de toda una Teología Política Cristiana radicalmente ilustrada y secularizada.

BIBLIOGRAFIA

- BERNHARDT, J., 1976: "Hobbes" en Châtelet, F., 1976: *La filosofía del mundo moderno. Tomo II*. Espasa-Calpe, S. A., Madrid.
- BLOCH, M., 1968: *La société féodale*. Éditions Albin Michel, Paris.
- BROWN, N., 1972: *El cuerpo del amor*. Cuadernos de Joaquín Mortiz, México.
- BURCKHARDT, G., 1951: *La cultura del renacimiento en Italia*. Editorial Iberia, Barcelona.
- CHÂTELET, F., 1976: *La filosofía del mundo moderno. Tomo II*. Espasa-Calpe, S. A., Madrid.
- CHAUNU, P., 1975: *Les temps des réformes*. Librairie Arthème Fayard, Paris.

- DESCARTES, R., 1936: *Oeuvres philosophiques (1618-1637)*. Tomo I. Ed. de F. Alquié, Garnier Frères, París.
- DILTHEY, W., 1947: *Hombre y mundo en los siglos XVI y XVIII*. F. C. E., México-Buenos Aires.
- FEVRE, L., y MARTIN, H. G., 1962: *La aparición del libro*. U. T. E. H. A., México.
- GALILEI, Galileo, 1964: *El mensajero de los astros*. Eudeba, Buenos Aires.
- GARCÍA PELAYO, M., 1959: *El reino de Dios, arquetipo político*. Revista de Occidente, Madrid.
- GEYMONAT, L., 1969: *Galileo Galilei*. Ediciones Península, Barcelona.
- GÓMEZ-ARBOLEYA, E., 1957: *Historia de la estructura y del pensamiento social*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- HOBBS, Th., 1940: *Leviatán o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. Traducción y prefacio de M. Sánchez Sarto. F. C. E., México.
- LENOBLE, R., 1969: *Esquisse d'une histoire de l'idée de nature*. Éditions Albin Michel, París.
- MC LUHAN, 1972: *La galaxia Guttenberg*. Aguilar, Madrid.
- MARX, K., 1953: *Die Frühschriften, Stuttgart*. Editorial de S. Landshut.
- MOYA, C., 1976: *Prólogo al sistema industrial de H. de Saint-Simon*. Ediciones de la Revista de Trabajo, Madrid.
- 1977: *De la ciudad y de su razón*. CUPSA Editorial, Madrid.
- NIETZSCHE, F., 1972: *Así habló Zaratustra*. Alianza Editorial, Madrid.
- PIRENNE, H., 1963: *Historia económica y social de la Edad Media*. F. C. E., México.
- WEBER, M., 1956: *Staatssoziologie. Mit einer Einführung und Erläuterungen*. Ed. de J. Winkelmann, Berlín.
- 1964: *Economía y sociedad*, 2 tomos. F. C. E., México.
-